

HACETE HOMBRE

Sofía Umbre

Irse de putas, recorrer quilombos, ir al keko. En el mundo de los varones, pagar por sexo es un evento cercano, conocido.

En una encuesta realizada mediante formulario web y de forma anónima, 93 varones uruguayos - la mayoría entre 27 y 36 años - respondieron sobre su postura y experiencia sobre este tema. Un 57% dijo no haber pagado nunca por una relación sexual, mientras que el 43% reconoció que sí lo hizo.

Veinticuatro (24) de los noventa y tres (93) hombres dejaron sus teléfonos y disponibilidad para acceder a una entrevista. Se eligió a dos de los nueve que admitieron haber pagado por sexo para una entrevista personal; Carlos y Manuel*.

Además, en una recorrida por algunos clubes nocturnos de Montevideo, se conversó con Pedro, un trabajador que se encontraba excepcionalmente realizando tareas de seguridad en la puerta de uno de los locales.

Los tres coinciden en que “antes no tenías otra”, porque las mujeres de la misma edad no estaban abiertas a mantener relaciones sexuales. “En esa época tenía una novia con la que llevábamos un montón de meses juntos y nada, se quería casar virgen. Era impensable que ella accediera”, explicó Carlos.

Para Manuel, oriundo de Maldonado, se vivía como una imposición el “ir a debutar” con una trabajadora sexual, “porque ella te iba a hacer hombre y te iba a enseñar”. Destacó la presión del grupo de amigos: el que lo hacía “era el crack, y el que tenía novia y quería esperar, era un banana”. Nunca estuvo cómodo con la situación, pero en los grupos de varones, “cuando uno es diferente... es difícil, quedás por fuera. Creo que ese es el miedo también, viste cómo funcionan las manadas de hombres”.

Recuerda su primera vez en “la famosa Casa de Naná”, un corredor largo con puertas de los dos lados: “Ellas estaban paradas ahí en cada puerta, casi desnudas, y vos ibas eligiendo. Como un supermercado de mujeres”.

Pedro comparte que el debut con una trabajadora sexual formaba parte de un ritual anunciado; los amigos más grandes prometían que cuando cumpliera 15 los iban a llevar a él y a un compañero a Pando, y así fue. Confesó que no querían, que estaban muertos de nervios y deseaban que ese momento terminara.

La primera vez de Carlos también fue a los 15 años, junto a cuatro compañeros de colegio. “Dijimos; tenemos que probar”, y como eran menores resolvieron “agarrar a alguien de la calle. Pero eran todas feas, más grandes, gastadas...”.

Se dio el encuentro con la mujer que finalmente eligieron: “Nos íbamos turnando, de a uno en el cuarto. Fue divertido, una experiencia más”.

Los tres entrevistados comparten la franja etaria de los 40 años.

“Estás pagando para violarte una mina”

El 65% pagó por sexo más de una vez, pero un 75% no lo haría de nuevo. Entre los argumentos destacan la incomodidad, lo poco ético, fomentar un trabajo insalubre, no querer participar de “todo lo que acarrea el mundo de la prostitución”, considerarlo explotación, no verlo como “un medio de vida elegido si tuvieran oportunidades iguales en otros ámbitos”, no desear “la asimetría que se da en ese tipo de encuentro”, verlo como “algo denigrante”, entre otros.

Es reiterado el argumento de la necesidad masculina. Varios explican que hoy en día “ya no es necesario pagar por sexo”, lo que desprende que en algún momento sí lo fue. Para Carlos, era algo común, “cobrábamos y nos íbamos para Pando. Me gastaba la mitad del sueldo ahí, y me parecía perfecto”. Por el contrario, uno de los encuestados expresó su repudio: “Estás pagando para violarte una mina. Una mina que si no le pagaras, no estaría contigo”.

Aparecen entonces dos discursos que legitiman el consumo de sexo: por un lado, la necesidad de los varones de tener relaciones y por otro, el convencimiento de estos de que las mujeres

que ejercen el trabajo sexual lo hacen porque lo desean, porque son totalmente libres de elegirlo. De alguna manera se plantea una situación donde los hombres prácticamente no tienen opción; lo desean como impulso inevitable y la oferta está. A tal punto que Carlos plantea: “Si yo no consumo, ellas no tendrían de qué vivir”.

Con opciones múltiples, el 64% manifestó que las trabajadoras sexuales no tienen otra opción, a la vez que un 58% considera que les es más fácil conseguir dinero de esta manera y un 12% cree que eligen este trabajo antes que otros.

En el imaginario colectivo ronda la idea de que el varón necesita biológicamente tener sexo, al contrario de la mujer, que, según Carlos, compromete más sentimientos: “Siento que es así, en la mujer es mucho más raro que tengan esa necesidad, salvo en edades más avanzadas, ahí se liberan mucho más”.

Una justificación biológica que, sin embargo, no encuentra investigaciones que la respalden y pone al descubierto el desconocimiento de una cultura que alienta al hombre a disfrutar su sexualidad y a la mujer a reprimirla.

La antropóloga uruguaya, Susana Rostagnol, realizó un aporte pionero para la región con el trabajo *Consumidores de sexo. Un estudio sobre la masculinidad y explotación sexual comercial en Montevideo y área metropolitana***.

En el trabajo vincula el consumo de sexo de los varones heterosexuales con una construcción de la masculinidad.

El estudio ilustra cómo los varones tienen que manifestar que son hombres todo el tiempo. Algunos compran sexo para “demostrar su virilidad (para hacerse hombre o para demostrar su insaciable apetito sexual)”, y cómo esto contribuye a que la prostitución esté al servicio de satisfacer ese apetito, visto como una necesidad. En consonancia con lo que plantea Rostagnol, el 79% de los encuestados dijo haber ido a consumir sexo en grupo con amigos.

Entonces aclara que “si los hombres procuran sexo comercial depende de múltiples factores, tanto personales como sociales y culturales; pero nunca es una respuesta inevitable a necesidades biológicas”. Al naturalizarlo “definen y moldean las prácticas sexuales de la sociedad, reforzando el sentido del derecho masculino al acceso sexual, lo cual coloca los

deseos de otros/as en un lugar secundario a la vez que contribuye a la explotación de las mujeres”.

“Las putas no cuentan”

Rostagnol expresa que, la cultura occidental ha afianzado la noción del goce a la sexualidad masculina y la reproducción a la femenina. Esto es, la mujer para el placer es sinónimo de prostituta y la mujer para la reproducción es igual a madre: “Ninguna de las dos tiene derecho a su propio cuerpo, en ninguno de los dos casos sus prácticas sexuales están orientadas para su propia satisfacción, sino que en ambos casos son cuerpos para otros”.

Sobre el sexo pago, Carlos considera que “para nosotros es perfecto” porque se separa de “la noviecita con la que vas al cine o te vas un fin de semana”.

Esta disociación sucede a tal punto que, tener relaciones con una trabajadora sexual no se considera infidelidad: “Estaba re naturalizado si tú tenías novia y estabas con una prostituta. Incluso era fomentado por los padres de las chiquilinas, era preferible que fueras con una trabajadora a tener relaciones con la hija. Horrible”, expresa Manuel.

Carlos, quien estaba en pareja al momento de pagar por sexo, lo reafirma: “Porque las putas no cuentan, es un clásico en conversaciones de hombre”. Para él, no son “cuernos”, porque es sólo sexo, sin sentimientos comprometidos. Sin embargo, al plantearle si consideraría lo mismo con otra mujer que no sea trabajadora sexual, afirma que es diferente “porque nunca una mujer va a ser como una prostituta. Con una prostituta no hay diálogo. A una mujer para irte a la cama con ella tenés que tener un proceso, tenés que hacerle todo el versito, laburarla. El varón separa, sería bueno que las mujeres entendieran: no sentimos nada”. Durante la hora de entrevista, Carlos enunció “las putas no cuentan”, al menos seis veces.

En las whiskerías del interior, es común ir a tomar algo no necesariamente con un fin sexual: “Es divertido que las minas vengan, se te refriegen, te dejan contento y ahí ganas siempre”, continúa Carlos.

Al preguntarle sobre la obviedad de que esa actitud es con el fin de cobrar, Carlos contesta: “¿Y qué te importa? Te lo hizo igual, se te sentó arriba, te pasó la manito por el pelo, te hizo de novia un rato. En ese momento lo pasas bien”.

El 61% valora el anonimato a la hora de pagar por sexo

La noche montevideana ofrece locales que facilitan el consumo de mujeres, con mayor o menor discreción según el público y la zona. En Pocitos, una casa grande se entremezcla con la vida cotidiana de los vecinos que pasean perros o vuelven de hacer las compras un lunes a la noche. Las puertas abiertas dejan ver el cartel que indica el nombre del lugar, pero no hay ni música ni luces que llamen la atención.

En la zona del Centro, el paisaje cambia. Dos populares lugares tienen fachadas que invitan a entrar, con luces rojas y azules, seguridad en la puerta y vidrios esmerilados que sólo advierten siluetas de fondo. En uno de ellos, la entrada es una consumición de \$400. Si bien no está prohibido el ingreso de mujeres, Pedro admitió que nunca vió a alguna dentro, además de las trabajadoras.

Con la situación sanitaria actual, el local acotó su horario, ahora de 21 a 1:30 de la madrugada. En la puerta un pegotín exhorta paradójicamente a mantener la distancia social y usar tapabocas.

No hay habitaciones, por lo que los consumidores deben encontrar otro sitio, además de pagar los tragos que cada trabajadora consume. Entre las 23:30 y las 00:30 horas atravesaron la puerta nueve hombres. Tres extranjeros jóvenes, un hombre bajo de remera ajustada, otros tres hombres - dos de ellos con alianzas - un hombre de corbata que consumió unos tragos y se retiró y otro llevando un sombrero extravagante, que volvía con una de las chicas.

Con respecto de estar bajo efectos de alguna sustancia, además del alcohol y mordiendo los 50 años, el hombre la llevaba de la cintura. Ella se mantuvo seria y erguida, y no parecía alcanzar los 25 años.

En la encuesta se consultó por la mayoría de edad de las mujeres, el 83% dijo que sabía que eran mayores: “Lo de la edad es imposible de corroborar, no le estás preguntando ni pidiendo

la cédula. Hay lugares donde se nota que hay más regulación y ahí podés tener otra seguridad”, opinó Manuel.

Sin clientes no hay trata

En 2019 hubo 240 denuncias de explotación sexual comercial de niñas, niños y adolescentes. En 2020 hubo 410, informó el Comité Nacional para la Erradicación de la Explotación Sexual de la Niñez y la Adolescencia (Conapees). Su director, Luis Purtscher, asocia este aumento a “una serie de situaciones generadas por la pandemia” donde disminuyeron tanto las instituciones del Estado como las instituciones vinculadas a la protección.

El 96% de los encuestados escuchó hablar de la trata de personas con fines de explotación sexual, y lo asocia con conceptos como aprovechamiento, vulnerabilidad, tráfico, una forma moderna de esclavizar, abuso, privación de derechos y explotación.

Otros fueron más allá y lo vincularon con una población específica: “Son llevadas a otro país y obligadas a prostituirse”, “práctica de poder de hombres sobre mujeres, muchas veces menores de edad”, crimen donde se hace “negocio con niños y adolescentes, ofreciéndoles para satisfacción sexual a cambio de dinero”, “abuso por parte de personas, mayoritariamente hombres”.

Uno de los encuestados asoció la trata con el narcotráfico y consideró que en Uruguay está invisibilizada: “Tengo amigos que fueron a una whiskería y me comentaron que les llamó la atención ver salir a dos mujeres de un cuarto que tenía un candado. Nunca se cuestionaron que allí podría haber una actividad de trata. A ese punto está invisibilizado el asunto”.

A su vez, existe cierta resistencia a vincular el consumo de sexo con la trata: “En Uruguay como no hay crimen organizado, la trata es menos complicada. No es que a vos te ven caminando por la calle y te meten dentro de una camioneta, te drogan y te llevan para Italia”, opina Carlos.

Se hace carne una frase de Martín Caparrós: “Todo está en todo y todo es político y ahí está la belleza del sistema: no es necesario hacer nada malo para beneficiarse de la desgracia ajena”.

Estas líneas no pretenden desconocer las diferentes posturas del feminismo entorno a la prostitución, sino tratar de encontrar respuestas en la conducta de los varones consumidores, que constituyen el origen de la demanda.

Varones que no aparecerán con sus billeteras, corbatas y alianzas en una portada de diario cuando se escriba sobre prostitución o trata de personas. Esas imágenes están reservadas para los zapatos de taco y minifaldas en una esquina.

*Carlos, Manuel y Pedro son nombres ficticios

**Consumidores de sexo. Un estudio sobre la masculinidad y explotación sexual comercial en Montevideo y área metropolitana. (*Rostagnol, 2011*)